

lor y objetividad. Acaso en otros libros nos dé la sensación más directa de ese aspecto.

<https://doi.org/10.29393/At234-210CSDI10210>

CARTAS A UNA SOMBRA.

Mila Oyarzún, la autora de un fino libro de versos titulado «Esquinas del viento», se nos presenta ahora como novelista de las emociones y de todo aquello que nos agita interiormente y que aunque no aparece en la superficie de las cosas, tiene la máxima importancia en la existencia humana.

«Cartas a una sombra» es más bien un desfile de emociones, de estados de alma. Hay, a ratos, algo como un monólogo interior que se exterioriza en un poema de dolido acento. El recuerdo de un ser con el cual se vivieron horas de ensueño, no se desliga del ambiente que circunda a la autora. Una lenta obsesión va tejiendo y destejiendo esa trama sutil, que se va creando en un espíritu enfermo de sueños inasibles, pero que dan margen para que la belleza asome como un paisaje diluido en la ausencia. Esos dos seres que se aman, que se buscan, llevando dentro de sí una extraña inquietud, no tienen la felicidad de ostentar en sus ojos el brillo de una promesa de felicidad. Van por la vida, como un hombre ebrio que hace equilibrios sin encontrar en donde apoyarse. Están fuera de la realidad. Es un sueño que persiste en el corazón de una mujer que desea transformar el recuerdo en una lenta atmósfera de sensaciones. Van siguiendo lo que no existe. Es decir, lo que alienta dentro del alma en donde se agita la visión de un paisaje que se va alejando, alejando.

El muchacho enajenado llega al fin de la novela con el nombre de la amada en los labios, cuando la razón ya no puede alimentar las dulces vertientes del amor. Y entonces la artista que es Mila Oyarzún, nos envuelve en su recuerdo, impregnado de una recóndita y extraña tristeza. La sombra se queda con su emoción enferma, fuera de la realidad fuerte y luminosa de la vida en acción.